

LOS pegasos de la memoria

RENÉ AVILÉS FABILA

Hoy vivimos, literariamente hablando, bajo reglas no escritas: se experimentan y los géneros se mezclan no sólo entre sí mismos sino entre los literarios y los periodísticos. El reportaje se deja deliberadamente influir por la novela, la entrevista toma la precisión de los diálogos dramáticos y el cuento y la novela utilizan el lenguaje justo y de frases cortas del periodismo. No es, con todo rigor, una novedad, a lo largo del siglo xx los híbridos comenzaron a aparecer. Juan José Arreola, por ejemplo, hizo magistrales y hermosos cuentos utilizando el idioma de los anuncios periodísticos. Me refiero, desde luego, a la "Plastisex C". Otro caso es el del escritor Óscar de la Borbolla, quien utilizó el artículo de fondo para contar historias inverosímiles, contraviniendo la voluntad de los viejos teóricos del periodismo que hablan de apego a la realidad. Sus trabajos aparecidos en la página editorial de Excélsior, solían desconcertar a los lectores. La mezcla de literatura fantástica y diarismo produjo resultados memorables. De seguir por este camino entraríamos a la afamada non fiction de Truman Capote, al Nuevo periodismo de Tom Wolfe y a las

soberbias mezclas de crónica y novela de Norman Mailer. Quedémonos aquí y ahora.

Beatriz Escalante es una escritora de gran perfección, inteligencia, cultura y maligno sentido del humor. Pertenece a una nueva generación de narradores que saben del rigor literario y que apenas si se distraen de su actividad central. En todo caso, las que lleva a cabo fuera del arte narrativo, siempre están íntimamente vinculadas a su quehacer predilecto, a su verdadera vocación: la literatura, y consisten en conferencias, presentaciones de libros, cursos de redacción, en fin. La conozco y la leo desde hace mucho tiempo. A decir verdad, comencé leyéndola y luego la conocí durante un viaje a Michoacán, quizá en un encuentro de escritores o algo semejante. Asombra su inteligencia, insisto, y ella se nota en su fluido hablar y en sus ideas siempre innovadoras. Su audacia me conmueve o mejor dicho me impresiona. En un mundo dominado por la estupidez, ella se enfrenta exigiendo trato de escritora y lo consigue. A sus realmente pocos años ya es dueña de una muy aceptable obra y ha conseguido que dentro de una importante editorial aparezcan sus libros en una colección que lleva su propio nombre: Biblioteca Beatriz Escalante.

Beatriz ha escrito una nueva obra: Los pegasos de la memoria. Se trata de un libro difícil de clasificar. En el prólogo, el poeta Sergio Mondragón lo intenta: “escritura trabajada en la transparencia del pensamiento, ensayos que en algún momento colindan con el poema en prosa y con el relato...”

Es verdad, Beatriz Escalante ha logrado una feliz fusión de géneros literarios que nos muestran un híbrido fantástico que, como quería Cervantes, entretiene y enseña; es decir, cumple con las funciones básicas del arte literario. El libro está formado por un conjunto de textos de corte imaginativo, donde reinan la cultura, una fina ironía y la agudeza, y prevalecen las preocupaciones de la autora por el tiempo y el olvido. Para arrancar, le afecta la falta de memoria de los pueblos y en general de la humanidad. Hemos olvidado que en el principio, todos hablábamos una sola lengua y que Babel es la principal responsable de la multiplicidad de idiomas y

así las dificultades para entenderse unos con otros. No todo estaría tan perdido si aceptáramos que Babel no significa tanto confusión como Puerta de Dios. Hoy, en plena globalización, volvemos a la idea original de Dios: la de tener un solo idioma, ahora el inglés. De existir Babel, se llamaría Berlitz.

Beatriz va más allá en sus inquietudes intelectuales (que nos transmite íntegramente) y precisa que el olvido, la censura y la ignorancia han contribuido en adelgazar la memoria de la humanidad. De este modo estamos frente a una historia siempre imperfecta, construida a base de retazos que nos impiden conocer con exactitud de dónde venimos. Pero las confusiones aumentan si consideramos –nos propone Beatriz– que el calendario es un remolino y que nos confunde más y más. En ese espejo de confusión, se refleja con toda comodidad el ser humano, un híbrido o mezcla que no acaba de cuajar, que es informe y que vive, como Marx bien decía, en la prehistoria.



Alberto Calzada

Beatriz le concede al calendario cualidades, una suerte de magia a veces charlatana, a veces seria y con frecuencia desconcertante. “Los inicios de semana –explica–, de mes o de año son ocasiones en que, para muchos, comienza un ciclo mágico, un tiempo que brinda condiciones más propicias para ‘cambiar de vida’ o simplemente para emprender algo.” Sí, los buenos propósitos, las promesas vanas, los juramentos que nunca serán cumplidos y de esta manera entrar en un juego de promesas semanales o mensuales. El ahora sí, de los mexicanos y posiblemente de todas las nacionalidades. Si le diéramos a la literatura de Beatriz un sentido político, veríamos cada seis años a un señor incapaz diciéndonos ahora sí tendremos un cambio positivo ante una nación permanentemente frívola y desconcertada.

La infancia y la vejez son extremos que se tocan, dice Beatriz en un texto ameno y sagaz. El viejo retorna a la infancia y así a la dependencia. Para los niños el tiempo corre con asombrosa lentitud, para los viejos va con una enorme velocidad hacia el final. Ambas edades son ridículas, pero una produce esperanzas y la otra pena. En lo personal evito a los bebés y a los ancianos hoy llamados adultos mayores, cuando en realidad a veces los vemos peor que como los veía la Esfinge de Tebas: en silla de ruedas y empujados por una fea señora disfrazada de enfermera.

Más adelante, la autora nos confirma que la noche es el ámbito ideal de las brujas, los demonios y las pesadillas. Este, imagino que dependiendo de los gustos estéticos, es para mí uno de los más logrados trabajos del libro. La densa cultura nos abruma con sencillez y elegancia y nos vamos enterando de un sinfín de monstruosidades en un Apocalipsis grandioso. Es interesante ver la manera en que épocas diametralmente distintas son vinculadas por el posible Juicio Final.

Con prosa justa, ceñida, muy trabajada o castigada, como dicen otros, Beatriz trabajó sus materiales. Son temas para mí muy familiares, son los de la literatura y la cultura universales. Me sentí espíritu afín al de este libro formidable. Pero debo hacer la confesión, más de una vez me sentí agredido como por ejemplo con el ensayo que cierra el volumen: “Los coleccionistas”. Soy uno de ellos y en efecto es algo insano. Desde pequeño he coleccionado todo lo que la vida me pone al alcance de las manos. Bueno, no todo, porque hay limitantes económicos, pero he reunido primero soldaditos y cochecitos, luego canicas y balones, luego miles de libros, cientos de cuadros, de fotografías de escritores, de búhos y de libros autografiados y para evitar que Beatriz me acuse de avaro, estoy por abrir un museo del escritor con todo lo coleccionado. Ahora, por desgracia, me especializo en coleccionar enemigos, pero esos no voy a mostrarlos, que se preocupen ellos por hacerse notar.

Los pegasos de la memoria es uno de los más valiosos libros que se han editado en México. No cabe duda de que Beatriz Escalante es una de las mejores narradoras del país y la que mayores posibilidades tiene de crecer más y más. Es infinitamente superior a otras mujeres que gozan del ruidoso aplauso de la ignorancia de los medios. Eso si dividimos la literatura como el crítico Ignacio Trejo Fuentes rechaza: por sexos. Él dice que el arte es como los angelitos, carece de sexo. Entonces Beatriz ocuparía por encima de hombres y mujeres, uno de los más altos lugares. De hecho ya lo tiene y por fortuna muchos lo sabemos y le agradecemos cada uno de sus espléndidos libros. ■